

Esta instrucción en manera alguna interviene con la general educación moral que ordena al hombre cumplir con su deber en todas las circunstancias de la vida.

61. **Conocimientos necesarios para el cultivo del gusto y del sentimiento.—El canto.**—Además del dibujo que educa al ojo á la distinción de la forma, y á la mano á su reproducción, y que lleva consigo como último resultado el gusto por la belleza de aquélla, aparte de su benéfica influencia para el estudio del arte de escribir, el canto debe considerarse como parte esencial de la enseñanza pública elemental. Él, más que ningún otro, contribuye á elevar los sentimientos del pueblo en sus recreaciones, pues si la lectura proporciona expansión á la inteligencia y á la imaginación, los placeres del canto son los del gusto y del sentimiento, y ejercen una peculiar influencia por la manera en que, al mismo tiempo, satisfacen los instintos sociales. Debe enseñarse á dar valor á los placeres inocentes, como éste, si se quieren obtener resultados satisfactorios de los esfuerzos por la elevación del tono de las clases bajas.

CAPÍTULO V.

CULTIVO DE LOS SENTIDOS.

62. **La facultad perceptiva.**—La observación es aquel ejercicio de la imaginación por virtud del cual formamos idea de los objetos externos. Comprende dos partes, distinguidas respectivamente con los nombres de *percepción* y *concepción*.

La observación del niño es atraída, desde que nace, por los objetos que le rodean. Lo que observa en su más tierna infancia no deja impresión en su mente, porque no sabe hacer distinción entre sí mismo y el mundo exterior. Esta débil forma de observación lleva el nombre de *sensación*, para distinguirla de la más elevada de observación, de que nos vamos á ocupar ahora. Á medida que va avanzando, se despierta al conocimiento de que lo que observa no forma parte de sí mismo, y que hay una existencia fuera de sí, como hay otra en su interior. Sus ojos se fijan en los objetos que le rodean, y extiende sus manos para agarrarlos. El conocimiento de esta otra existencia, que sólo se apuntaba dentro de él con el ejercicio del sentido de la vista, se confirma cuando lo comprueba con el del tacto. En este momento su constitución inteligente empieza á operar: su imaginación obra por medio de los sentidos; y esta más elevada observación, que deja una impresión distinta, lleva el nombre de *percepción*, constituyendo la primera actividad intelectual del niño.

La facultad perceptiva requiere un cultivo específico. La educación de la familia, cuando es conducida con alguna inteligencia, mantiene al niño en un estado de felicidad y satisfacción animal que afirma su vivacidad mental y el consiguiente ejercicio espontáneo de sus sentidos en los diferentes objetos que, en semejantes circunstancias, se hallan á su alcance; y la constante conversación suministra todos los estímulos y le guía al ejercicio que requiere. Pero cuando no se halla colocado en aquellas favorables circunstancias, esta facultad puede hacerse perezosa é insegura. Si no tiene educada la vista, mirará á los colores y no los podrá distinguir convenientemente; si ve un grupo de objetos reunidos, no podrá hacer un cálculo aproximado de su número; del mismo modo, si no tiene educado el oído, al escuchar una melodía desentonada, si no le ofende, no podrá apreciar el placer que le podría proporcionar oída con una entonación perfecta. Nuestro objeto al cultivar esta facultad es sustituir la indolencia con la sensibilidad, y, por virtud de esta cualidad, dar seguro valor á las operaciones de los sentidos. Todos sabemos que, con la repetida y constante práctica, los sentidos, como cualquiera otra facultad ó hábito, obtienen, en obediencia á una ley natural, un asombroso grado de perspicacia; pero no debemos proponernos desarrollar en el niño una agudeza de los sentidos que no es necesaria para la general intelectual cultura, y no debemos obrar de modo que le hagamos suponer que el desenvolvimiento de su facultad perceptiva es el único fin de su educación. Nuestra mira debe ser implantar la sensibilidad y la vivacidad con relación á los objetos que diariamente se presentan á su observación. El desarrollo de la vivacidad mental por medio de la observación es la base para el subsiguiente desenvolvimiento de la inteligencia.

Por medio de los cinco sentidos es como debemos cultivar esta facultad, pues todos contribuyen al desarrollo intelectual, aunque no en el mismo grado. Estos deben dirigirse en primer término á los objetos para cuya observación están destinados, y tódo el curso de la observación debe ser acompañado de sugerencias, preguntas é informes del maestro, cuyo deber es presentarle al discípulo materias de suficiente variedad para despertar sus facultades de observación, y atender y guiar los resultados de ésta en el discípulo, convirtiéndolos en estímulo para sus ulteriores procedimientos.

63. La facultad conceptiva.—Por la percepción reconocemos los objetos que se presentan á nuestros sentidos, ya teniendo una existencia separada, ó desplegando cualidades diversas. El primer acto de la imaginación es tomar de un objeto percibido una impresión cualquiera que permanece mientras aquél está ausente, y que nos sirve para reconocerle cuando se presenta otra vez á nuestra observación. Conservamos las formas que son más esencialmente distintivas del objeto, desechando aquellas que, siendo accidentales, varían en las diferentes especies. La imágen de un árbol, por ejemplo, es el tronco con las ramas, arraigado en la tierra; la de una mesa es una superficie plana y las patas. La imaginación descarta toda consideración respecto al particular tamaño del árbol, ó á la forma de sus hojas; y al color, ó peculiar hechura de la mesa, y retiene el aspecto esencial por el que reconocerá en lo sucesivo los árboles y las mesas. Si la imaginación no fuera capaz de estas percepciones que la hacen poseer en su interior un mundo, copia del exterior, permanecería por siempre en un estado de infancia intelectual; el hombre no podría pensar ni hablar de nada más que de las cosas que ocurrieran en el momento en que las estuviese mirando;

cada nueva percepción sería una nueva causa de sorpresa, y no podría existir ni la comparación ni la clasificación: en una palabra, no podríamos ser enseñados por la experiencia. La concepción ó formación de las ideas, remueve todos los obstáculos para la instrucción y el progreso.

El cultivo de la facultad conceptiva comienza, y es conducida exclusivamente por algún tiempo, con la percepción de objetos visibles, á los que se acostumbra al niño á asociar á nombres, luego que se han impreso en su imaginación. El primer curso de esta facultad es de las cosas á sus nombres. En este orden podemos extender ámpliamente las concepciones del niño, proveyéndole de un extenso vocabulario, y, en particular, exhibiéndole de un modo práctico la manera como se forma el lenguaje, y su relación con el pensamiento. Según va avanzando, el número de objetos que llaman su atención crece, y es menor la cantidad de necesarias concepciones que hay que llevar á su conocimiento por medio de los mismos objetos. La facultad conceptiva se educa no sólo pasando de las cosas á sus nombres, sino de éstos á las cosas que designan, y de ahí el que tanto se insista en la ilustración de las palabras en la práctica de la enseñanza, en lugar del simple uso de voces sinónimas, que requieren la misma ilustración. Las palabras que denotan las propiedades de las cosas que se pueden examinar por medio de los sentidos, darán suficiente ocupación á las clases de los niños más pequeños; y pueden ser subdivididas hasta el infinito, á medida que el discípulo avanza, sin contar con aquella parte del vocabulario usado en secundario ó abstracto sentido, que aun queda por explorar.

64. Atención.—Una clara y viva concepción no sólo supone intensidad, sino continuidad en el ejercicio de

la percepción, en la cual está fundada; ó en otras palabras, atención. La eficiencia de ésta no depende tanto del elemento del tiempo, aunque éste es muy importante, como del grado en que la mente se concentra en el objeto. De aquí la necesidad de apartar de la mente las pasajeras imágenes que puedan distraerla, de modo que toda su energía se fije en el objeto que tiene delante de sí. La atención es, bajo cierto aspecto, natural en el niño, como vemos cuando alguna cosa hiere su fantasía; pero este es un nuevo instinto, y como tal, incierto y no digno de confianza. La que debemos procurar, es aquella producida por una esciente y voluntaria concentración de la mente, de la que depende que la actividad mental sea caracterizada por un firme y perseverante hábito de pensar, y que es lo que conduce á la plenitud de la instrucción.

La atención no puede conseguirse con la mera compulsión. Debemos ganar el consentimiento del niño para el esfuerzo, por medios adecuados; y estos medios son en primer lugar, *la curiosidad, el amor á la actividad, y la simpatía.* La curiosidad existe en todos los pechos, y puede excitarse muy fuertemente por medio de asuntos ajustados á la capacidad del niño. El maestro que habla á la inteligencia de sus discípulos, é interesa sus sentimientos, no halla dificultad en fijarles la atención. El amor á la actividad es otro de los motivos que mantienen la atención del niño. El maestro no debe por lo tanto, condenarle á ser un pasivo oyente de las explicaciones, sino ejercitar su mente cuanto sea posible. La simpatía, que es otra de las garantías de la atención, existirá en el discípulo en la proporción de los grados de personal ascendencia que el maestro sepa obtener. "Nada hay"—dice Madame Necker—"que excite los gustos en el niño, como la posesión de ellos por nosotros

mismos, y asociarle en el placer que con ellos experimentamos. Si aquél ve que se despierta nuestro interés, y que se excita nuestra curiosidad ante la idea de hacer alguna nueva observación, ó de averiguar algún hecho nuevo, bien pronto le veremos tratar de anticiparse á nuestros descubrimientos. Si nos ve interesados en el cultivo de las flores, en la observación del trabajo de la abeja, ó en la metamórfosis de los insectos, le veremos deleitarse en las mismas ocupaciones. El ejemplo, la emulación, y la curiosidad, naturales estimulantes en una edad en que los placeres se gozan con tanta viveza, y la idea de la utilidad, trabajarán de consuno."

Aunque esos tres motivos tienden á excitar la atención del niño, debemos tener presente que la debilidad y ligereza de la naturaleza de éste requieren que sean apoyados por otros externos más palpables. Si bien es verdad que no podemos compeler su atención con sólo la fuerza, es necesaria algunas veces una suave presión de autoridad en momentos adecuados, así como es conveniente la alabanza y la censura bajo ciertos límites. El poder de la atención es el resultado del hábito, y por lo tanto debe concedérsele tiempo para su desarrollo. Los primeros esfuerzos exigidos del niño deben ser suaves; no debe presentársele más de un tema á la vez, á fin de evitarle confusión; no debe exigírsele un prolongado esfuerzo de atención, aliviándole antes de que se vea obligado á desistir por la fatiga; un éxito obtenido hará mucho más fácil la consecución del siguiente, mientras que un fracaso lo hará mucho más árduo. Deben tenerse presentes las diferencias individuales en la disciplina mental de la escuela. Unos niños presentan más facilidad que otros para determinados objetos. El maestro debe aprovechar estas afinidades mentales para establecer el hábito de la atención. El niño debe ser dirigido á

aquellos objetos á que se le vea más inclinado, y cuando se le haya enseñado la atención hacia ellos, es menos difícil ganarla hacia los otros. Uno, cuya acción mental sea tardía, llegará al objeto después que otro cuya imaginación sea más activa.

La paciencia es un requisito indispensable para cultivar la atención. Lo que es evidente de por sí para nosotros, no lo es siempre para los niños. Tengamos, pues, paciencia. Regañar sin un fundado motivo es irracional, pues la cuestión con el niño es de habilidad, y aquello sólo conduce á un resultado contraproducente, puesto que llena su imaginación de temor que aleja toda calma necesaria para la atención, y la hace imposible. Un niño faltará con frecuencia á la verdad, diciendo que percibe una cosa que ha parecido estar escuchando bajo aquella presión, simplemente por librarse de desagradables consecuencias.

CAPÍTULO VI.

IMAGINACIÓN Y MEMORIA.

65. Imaginación.—Si vasto es el campo de los conocimientos desde el punto de vista de la observación, aun lo es más desde el de la imaginación. Los objetos que nos rodean se hallan al alcance de nuestra mano para inspeccionarlos; y los incidentes de la vida social en que nos movemos, nos son familiares por experiencia personal; pero aun queda el extenso espacio de la naturaleza que está más allá de nuestra observación, y los incidentes de la vida del hombre en otros tiempos y países que los nuestros, de los que no podemos formar idea sino por medio del ejercicio de esa otra facultad llamada imaginación, que tiene el poder de observar objetos ideales, y que es el complemento de la de observación. Por lo conocido formamos idea de lo desconocido. La imaginación funciona partiendo de escenas que han pasado bajo la observación, modificándolas ó exagerándolas, si se quiere; pero siempre refiriéndose á la escena que es la base de su acción.

Mucho se ha descuidado la educación de esta noble facultad, importante no menos desde el punto de vista intelectual que moral. Ella nos provee de conocimientos inasequibles de otro modo; da vida, interés y actividad á la acción del entendimiento; da pasto á la moral y al espíritu con su poder de colocar delante de nosotros

escenas de otros países, y de lejanos tiempos, pasados y futuros, y, sobre todo, es un manantial de constante felicidad por las placenteras imágenes de que llena el alma.

La observación está sujeta á muy estrechos límites de espacio y de tiempo, que sólo podemos traspasar en alas de la imaginación. Las descripciones del paisaje, y las escenas de la vida, real ó ideal, son el campo en que esta forma de la inteligencia debe ser ejercitada. Cuando el niño ha observado los elementos del país que le rodea, debe estimularse á que forme idea de los que están lejanos. La biografía y la historia son las fuentes naturales para este objeto. Las narraciones de aventuras por mar y por tierra, las descripciones de usos y costumbres, y los incidentes de la vida de los hombres y de las sociedades, son elementos que despiertan emociones de virtud en nuestro ser.

Los instrumentos eficaces para ejercitar la imaginación del niño son dos: el *lenguaje* y las *ilustraciones pintorescas*. Del carácter del lenguaje usado para revestir las escenas que se describen, y del grado de familiaridad del niño con él, depende la facilidad y el éxito con que su imaginación las comprenderá. Las palabras deben ser las más comprensibles para él, y los objetos descritos con los más distintos y brillantes colores. En el empleo de las ilustraciones pintorescas (á que debe apelarse ampliamente con los niños) debe atenderse al carácter de la ilustración y al modo de usarla. El cuadro no debe contener mucho, pero las figuras deben ser correctas, y, especialmente, dibujadas con vigor, para que se apoderen de la imaginación del niño y le hagan formar idea exacta de la escena. La explicación del asunto debe preceder á la presentación del cuadro, lo cual proporcionará dos ventajas: no preocupar la imaginación del niño con la vista de aquél, inhabilitándole

para interpretar el lenguaje que la ha de acompañar ; y conseguir el verdadero fin de aquél, que es poner al niño en condiciones de comparar el resultado de su pensamiento con la imagen del objeto. Este uso de la ilustración pintoresca le acostumbrará á la más perfecta interpretación de la descripción hecha por medio del lenguaje.

66. Memoria y sus cualidades.—Memoria es aquella forma de la inteligencia por la que retenemos las ideas que hemos formado. Sin la memoria, los frutos de la concepción y de la imaginación serían perdidos ; podría haber un constante ejercicio mental, pero ningún progreso. La memoria es eficiente según la exactitud con que retiene las ideas, y la prontitud con que las reproduce cuando es necesario, siendo la primera la cualidad principal, y auxiliar de la segunda. Su más importante condición, es, por lo tanto, la *fidelidad*, en virtud de la cual exhibe las impresiones sin alteración alguna ; siguiendo luego la *tenacidad*, por la que retiene por tiempo indefinido lo que se le confía. La *prontitud* es cualidad de mucho valor, pues con frecuencia la retención de una idea nos será de muy poca utilidad si no podemos echar mano de ella en el momento en que queremos recordarla. Cuanto mayor sea la fuerza de observación y de imaginación, más firmes serán las ideas que adquiramos por ellas ; y más estricta será la fidelidad, y más fuerte la tenacidad de la memoria. Cuanto hagamos por cultivar las primeras, redundará en beneficio directo de la segunda ; pero no constituye esto su completo cultivo. Las impresiones de los objetos, por muy fuertemente que nos hieran en determinadas ocasiones, son susceptibles, por una ley natural, de debilitarse por falta de uso, hasta que vienen á caer en un completo olvido, ó se borran ó hacen defectuosas de tal modo,

que pierden por completo su valor para todo uso práctico. Á fin de conservarlas frescas, es preciso evocarlas con más ó menos frecuencia. Todo estudio requiere un prudente repaso, si no precisamente en la forma de su primera adquisición, de un modo que la ordene y la complete. La repetición accidental, que hace venir una idea desde un punto de vista diferente á aquel en que primeramente fué adquirida, es lo más eficaz.

Las ideas, al adquirir forma para el uso de la inteligencia, van unidas á palabras, como sus nombres ó distintivos, á las que apelamos para evocarlas. Prácticamente, la palabra y la idea vienen á ser inseparables, de modo que sólo tenemos un débil y trabajoso vislumbre de la idea cuando nos falta la palabra, y nos posesionamos inmediatamente de aquélla, cuando ésta viene á nuestra imaginación. Ese género de memoria, que retiene y reproduce las palabras, se llama recolección, y requiere especial exámen cuando hablamos de la memoria en general. El poder de retener el lenguaje es muy fuerte en la niñez, por la frescura de la actividad mental en aquel período de la vida, y por el poderoso é instintivo sentimiento de la necesidad de aquél para su progreso. Los detalles no tienen en sí mismos nada de repulsivo para el niño, como lo tienen para el adulto, cuyo poder de generalización ha crecido en la proporción que la vivacidad animal de sus percepciones ha disminuído. Del mismo modo que toda palabra debe basarse en una idea, la recolección debe basarse en la memoria. Ser capaz de pronunciar una palabra sin comprender su significado, no es señal de inteligencia. El niño no puede entender como nosotros, y, del mismo modo, tampoco puede recordar ; pero tiene su propia inteligencia que debe ser ejercitada en todos los casos mentales á que sea invitado. Aprende con prontitud palabras, hechos ais-

lados, fechas, y resúmenes de reglas, de una manera que podemos llamar imperfecta ; pero rebajaríamos su inteligencia si hiciéramos uso de esa actividad en un terreno puramente mecánico. Obligarle á aprender de memoria una serie de palabras, ya sea en forma de vocabulario, parte de un discurso, ó reglas de procedimiento, palabras que sólo reconozca como sonidos, es un proceso puramente mecánico, y por lo tanto inadmisibile. Es verdad que tiene que aprender de memoria muchas cosas que no puede entender por completo ; pero sin pretender que comprenda todo lo que necesitamos enseñarle, no debemos permitir que insista en almacenar palabras y fórmulas cuyo significado no comprenda en mayor ó menor grado según el alcance de su inteligencia. Debemos poner en juego su memoria, de acuerdo con su poder conceptivo, y de este modo no incurriremos en el error de dirigir aquella facultad á objetos sin valor, ó de paralizarla por exceso de plenitud.

La memoria crece gradualmente en la esfera de la inteligencia, hasta que puede decirse que obra á través del ejercicio del raciocinio. La del adulto, á diferencia de la del niño, es firme ó débil según el grado en que su poder de análisis y de generalización ha sido cultivado, y á la ausencia de uno ú otro es con frecuencia debida esa debilidad que se atribuye á defecto natural. Los principios llamados de asociación, por los cuales primero analizamos y luego reconstruimos para ejercitar la memoria, son los siguientes : 1º, el de *natural contigüidad*, ó justaposición, por el que los objetos ó incidentes que en un principio hirieron la imaginación asociados, tienden á volver á ella en la misma asociación. 2º, el de *semejanza ó analogía*, en virtud del cual, los objetos ó incidentes que se parecen unos á otros, se mantienen juntos en la mente por el hecho de su semejanza. Y 3º,

el de *causa y efecto*, por el que, los hechos que al principio se aprenden como aliados uno de otro, se presentan después á nuestra mente por mutua inspiración. El maestro que cultiva en sus discípulos el ejercicio del poder mental que es necesario para una efectiva memoria, debe tener presente la necesidad de probar y revisar los frutos del procedimiento, de una manera semejante y por parecidas razones á las que se refieren á la memoria cuando se apoya solo en las primeras facultades conceptivas.